

LA PACIENTE SONRIENTE

Un nuevo día la esperaba cargado de incertidumbre y pánico con un sol radiante, que reflejaba en su rostro, sus miedos como la oscuridad más profunda.

A pesar de sus largas noches y su cara desencajada, con todo lo que eso conlleva, nos hacía sentir paz y tranquilidad. Como cada amanecer en la orilla del mar escuchando los cantos y sus olas. De camino al templo, como ella lo nombraba, todo requería de su importancia y le llamaba su atención. Desde un peatón cruzando un paso de cebra, a sus largas colas para entrar y encontrar dónde aparcar. Era su vida frustrante al más no poder pero todo eso cambiaba al entrar, sentía alivio y respiraba aire fresco. Era ver a su equipo, como siempre decía y la hacían sentir como en casa. Los pinchazos de sus vírgenes eran un grito a la vida. Cada consulta con su Ángel de la guarda, era esperanza, como sus abrazos.

Sus bolsas de medicación, eran oxígeno bajo un profundo océano.

Cuántas personas importantes habían en su vida de las que no hemos hablado. Era una aberración no hablar de ellos, pero quedaban en su memoria para siempre y el día de mañana , cumpliría uno de sus sueños, escribir un libro. Eso sí, hacer una mención especial a aquel lugar tan acogedor donde poder pasar aquellas tardes maravillosas de martes y miércoles, con sus grandes charlas, como una gran familia, por una misma causa y al grito de:

¡JUNTAS PODEMOS!